

Carlomagno y la tradición cristiana de Europa según Christopher Dawson

Clemente LÓPEZ GONZÁLEZ

En unos momentos en los que, a propósito del debate sobre la Constitución Europea¹, se ha vuelto a plantear, con notable discrepancia de pareceres, la cuestión de lo que es en sí Europa y cuál es su futuro, creemos muy oportuno recordar a uno de los grandes apóstoles de la causa europea, el gran historiador Christopher Dawson (1889-1970)².

En el presente artículo trataremos de resumir las ideas y valoraciones de Dawson sobre Carlomagno y su época en relación con la tradición cristiana y la cultura europea. Efectivamente, desde los inicios del siglo XX este historiador y filósofo supo ver y señalar una realidad histórica europea que, a causa de los nacionalismos y una determinada tradición formativa, quedó opacada e incluso ignorada por muchos.

Si partimos de la base de que esta realidad histórica europea sólo se pudo formar en torno a su cultura, entonces es necesario iniciar nuestra reflexión sobre el concepto cultura y su núcleo fundamental.

¹ En el preámbulo del *Proyecto de tratado por el que se instituye una Constitución para Europa*, Luxemburgo, 2003, p. 5, elaborado por la Convención Europea se hace una referencia a los valores del humanismo y a las herencias culturales, religiosas y humanistas de Europa sin entrar en más detalles y sin hacer ninguna referencia explícita a la religión cristiana. ¿Debería plantearse una referencia más explícita al cristianismo en ese proyecto de futuro para Europa? Siendo beligerantes y con el deseo de reforzar nuestra respuesta afirmativa, hemos querido recordar algunas ideas sobre Europa que pueden iluminar el debate.

² Para una primera aproximación a Christopher DAWSON recomendamos la página web, CHRISTOPHER DAWSON ARCHIVES: www.geocities.com/dawsonchd/. Como breve introducción biográfica hemos de decir que Christopher Dawson nació en la localidad galesa de Hay Castle en 1889, en el seno de una familia anglicana. Formado en Oxford, impartió clases en diversas universidades británicas así como en la Universidad de Harvard. Convertido en su juventud al catolicismo, su contribución a la historiografía católica es especialmente reconocida en el mundo anglosajón. Murió en 1970, a los 81 años.

Sin lugar a dudas, un concepto de vital importancia dentro de todo el pensamiento de Dawson es el de cultura. La define como «un estilo de vida organizado que se fundamenta en una tradición común y que está condicionado por un entorno común»³.

¿Tiene alguna relación la cultura con la religión? Siguiendo a Lord Acton, Dawson considera que la religión es la clave de la Historia. Según su opinión, muchos hoy en día no lo llegan a percibir fácilmente debido a la secularización de la cultura en que estamos inmersos. Sin embargo, la religión es la gran fuerza centralizadora y unificadora de toda cultura. La religión siempre ha tenido en todas las culturas una doble función. En primer lugar una función conservadora: guardiana de la tradición, preservadora de la ley moral, maestra de la sabiduría. Y en segundo lugar, una función dinamizadora y creativa.

Para Dawson, la religión es, en efecto, el núcleo de toda cultura. Hasta tal punto es así que podemos hablar de una cultura cristiana en tanto que integrada en torno a la fe en Jesucristo⁴.

Pues bien, asumiendo este planteamiento, la obra de Carlomagno tiene un lugar propio en el desarrollo de la cultura europea y, por tanto, en la historia común de todos los europeos.

Debemos comenzar recordando la visión que el gran historiador británico tenía de Europa. La define como...«una comunidad de pueblos que participan de una tradición espiritual común que tuvo sus orígenes hace tres mil años en el Mediterráneo oriental y que ha sido transmitida de siglo en siglo y de una a otra raza hasta llegar a extenderse por todo el mundo»⁵.

Por tanto, la tradición espiritual común, es decir, la cultura europea hecha historia, no es algo desaparecido o encerrado en unos estrechos límites geográficos.

³ Christopher DAWSON, *Religion and Culture*, Gifford Lectures, London, 1947, p. 47.

⁴ Como señala Heberto VERDUZCO en el Prefacio a su libro recopilatorio de varios trabajos de Christopher DAWSON, el conocimiento que tiene nuestro autor sobre estos temas parte no de conceptos filosóficos o apriorísticos, sino de la observación y el análisis de la vida social y de los procesos socioculturales. *Historia de la Cultura Cristiana*, México, FCE, 1997, p. 14.

⁵ Christopher DAWSON, «La tradición de la cultura occidental: sus siete fases», *ARBOR*, n.º 72 (1951), p. 3. Edición original: «Europe and the Seven Stages of Western Culture», publicado en *Understanding Europe*, 1951.

cos, sino que ha trascendido las fronteras de Europa para convertirse en una cultura extendida por el mundo, la cultura occidental.

Partiendo de estos planteamientos, al abordar el tema de Europa, Christopher Dawson es uno de los historiadores que más ha insistido en el reconocimiento de la cultura cristiana —la tradición cristiana— como clave de la identidad europea. En palabras textuales, «sólo podemos comprender a Europa en su desarrollo histórico, por medio del estudio de la cultura cristiana, pues ella forma el centro de todo proceso y fue bajo el signo de la Cristiandad como Europa tuvo por primera vez conciencia de sí misma en cuanto sociedad de pueblos poseedores de valores morales y proyectos espirituales comunes»⁶.

En otro texto, afirmaría taxativamente que la tradición cristiana es el elemento fundamental de la cultura occidental⁷. Consciente de lo radical de su afirmación, comentaría a continuación que la mayoría de las personas, independientemente de sus creencias políticas, están más preparadas para admitir la ciencia, la democracia y el humanitarismo como elementos esenciales de la civilización moderna, que para reconocer la importancia de la religión en general y del cristianismo en particular. Esto, a fin de cuentas, no sería otra cosa que la consecuencia de la secularización de la cultura occidental, gestada en el siglo de la Ilustración. Esta secularización, que pretende eliminar de la sociedad a la religión, no puede verse como algo positivo, sino todo lo contrario. Para Dawson, la secularización era «la enfermedad de nuestro tiempo»⁸.

Siendo fiel a estos criterios, antes de que comenzaran a darse los primeros pasos formales hacia la unión europea, Dawson ya advertía que «el problema esencial no consiste en el logro político de una federación europea o en la creación práctica de una organización económica europea. El punto vital consiste en cómo se puede conservar la herencia espiritual de Europa y se puede restaurar el ideal común de la cultura occidental»⁹.

⁶ Christopher DAWSON, «La tradición ...», p. 3.

⁷ Este comentario y los siguientes están extraídos de Christopher DAWSON, «Christianity as the Soul of the West», en *The Modern Dilemma: The Problem of European Unity*, New York, 1932.

⁸ Christopher DAWSON, «Civilization in crisis», en Gerald J. RUSSELLO (ed.), *Christianity and European Culture. Selections from the Work of Christopher Dawson*. Washington D.C., 1998, p. 79.

⁹ Christopher DAWSON, «La tradición...», p. 20.

Sin perder de vista esta reflexión de Europa y su cultura, queremos centrarnos en la figura de Carlomagno y su época. La actualidad del mismo es algo que no podemos pasar por alto. El corazón del antiguo reino franco es hoy en día, y salvando las distancias, el centro de la nueva Unión Europea. El mismo Carlomagno fue saludado por un poeta anónimo como «rex pater Europae»¹⁰. Sirvan estas breves páginas para reflexionar, a propósito de Carlomagno, sobre Europa y su futuro.

Para Dawson los comienzos de la cultura europea deben buscarse en la nueva comunidad espiritual que surgió de la caída del Imperio romano de Occidente y como consecuencia de la conversión de los bárbaros del norte a la fe cristiana¹¹.

La cultura de la Europa medieval en sus comienzos se constituyó en torno a dos elementos fundamentales: los pueblos bárbaros y la Iglesia Católica. La cooperación entre ambos poderes fue planteada especialmente por San Bonifacio con la idea de constituir un orden universal cristiano. El gran paso que se daría con Carlomagno sería que esa cooperación dejaría de darse entre diversas monarquías locales y el Papado, para centrarse únicamente en un solo poder temporal, el del emperador Carlomagno. Pero ese paso tuvo sus antecedentes en el acercamiento entre el Papado y los reyes francos a partir de la destitución de la dinastía merovingia.

El autor de la destitución del último rey merovingio fue Pipino, llamado el Breve, e hijo de Carlos Martel, mayordomo de palacio y vencedor de los musulmanes en Poitiers en el año 732. Con él se estableció una nueva dinastía, la carolingia, con la que se inició el proceso de acercamiento al Papado que culminaría en Carlomagno. Significativamente, fue con Pipino cuando se introdujo por primera vez entre los francos la ceremonia religiosa por la cual el rey era coronado y ungido por la Iglesia.

Tras la muerte de Pipino en 768, el reino se dividió, según la costumbre germánica, entre sus dos hijos, Carlomán y Carlos. Pero la muerte, tres años después, del primero hizo que todo el reino se reuniera en Carlos, posteriormente llamado Carlomagno. Su reinado duró desde 768 hasta 814.

¹⁰ Alessandro BARBERO, *Carlomagno*, Barcelona, Ariel, 2001, p. 114.

¹¹ Christopher DAWSON, *La religión y el origen de la cultura occidental*, Madrid, Encuentro, 1995, p. 23. Edición original, *Religion and the Rise of Western Culture*, London, 1950.

Según los cronistas, Carlomagno era de complexión grande y robusta, de estatura alta. Tenía la cabeza redonda y los ojos muy grandes, vivaces. Su expresión era alegre y risueña y su cuello corto y grueso¹².

En los primeros años de su reinado fue llamado por el Papa para defender Roma de la amenaza de los lombardos. Vencidos éstos, Carlomagno fue coronado rey de Lombardía en el año 774. Se estableció así un protectorado de la Santa Sede que le llevaría a ser proclamado en 799 Patricio de los romanos.

Sus campañas militares se dirigieron entonces contra los sajones. La contienda fue larga y cruel, pero al final los sajones fueron derrotados y convertidos al cristianismo. También Baviera fue incorporada a los dominios de Carlomagno. Así mismo, los ávaros, otros enemigos de los francos, fueron sometidos y convertidos al cristianismo.

El sur de Europa no escapó a las campañas de Carlomagno. Un primer intento de conquistar Zaragoza en 778 finalizó en fracaso. Pero, años después, una nueva expedición cruzó los Pirineos. El resultado fue la conquista de Barcelona y la fundación de la Marca Hispánica en 801.

Las conquistas de Carlomagno fueron una mezcla de expansionismo franco y acciones militares en defensa del cristianismo.

Mientras, las relaciones entre el Papado y la monarquía carolingia llegaron a su punto culminante con la coronación de Carlomagno como emperador de occidente en el año 800. El cronista de Carlomagno, Eginardo, nos describe así la ceremonia: «Él mismo, después de hacer su entrada el sacratísimo día de Navidad en la basílica del apóstol san Pedro para la solemne celebración de las misas, y situándose ante el altar, donde se había postrado para la oración, recibió del papa León la corona imperial sobre su cabeza, mientras todo el pueblo romano reunido lo aclamaba con las siguientes palabras: “¿A Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, vida y victoria!”. Después de estas alabanzas, fue reverenciado por el propio Pontífice según la costumbre de los antiguos príncipes. Omitido el nombre de Patricio, fue titulado (en adelante) Emperador y Augusto»¹³.

¹² Alessandro BARBERO, *Carlomagno*, p. 115.

¹³ El texto traducido se puede leer en *Anales del Imperio Carolingio (años 800-843)*, edición de Javier del HOYO y Bienvenido GAZAPO, Madrid, Akal, 1997, p. 63.

¿Cómo surgió este intento de crear una unidad social de toda la cristiandad de Europa a partir de la restauración del Imperio de occidente? Los primeros pasos se dieron por monjes anglosajones y por sabios como San Bonifacio y Alcuino. Ellos alumbraron la idea de una comunidad cristiana gobernada conjuntamente por los dos poderes, el temporal y el espiritual, el Emperador y el Papa. Su cercanía a los reyes francos hizo que éstos fueran asumiendo como propias tales ideas. Carlomagno sería quien llevaría más lejos ese ideal de comunidad cristiana.

Pero el imperio de Carlomagno apenas sobreviviría a su fundador. No obstante, su importancia histórica es incuestionable. Para Dawson, hasta ese momento, los bárbaros habían vivido pasivamente del capital heredado de la civilización que habían saqueado. A partir de entonces comenzaron a cooperar con ella en una actividad social creadora¹⁴. La coronación imperial, en este contexto, tenía un valor simbólico y religioso que sobrepasaba su importancia inmediata desde el punto de vista político.

Así pues, la coronación imperial de Carlomagno y la restauración en el año 800 del Imperio de occidente completó la unión entre la monarquía franca y la Iglesia Católica, que había ya comenzado con Pipino y San Bonifacio.

Como hemos comentado, la visión que tenía Carlomagno de su autoridad como conductor del pueblo cristiano señalado por Dios venía en gran parte influida por su consejero Alcuino. Como resalta Dawson, Carlomagno era el nuevo David y el segundo Josías que debía ceñirse las dos espadas de la autoridad temporal y espiritual¹⁵.

En la monarquía franca los elementos seglar y religioso estaban inextricablemente mezclados. El emperador era, a la vez, gobernante de la Iglesia y del reino. La legislación abarcaba también a normas que regulaban la conducta del clero y regulaba ritos y doctrinas. La reforma litúrgica impuesta por Carlomagno condujo a la introducción de un rito, el rito romano, común a toda la Europa occidental. La religión era, en definitiva, el único vínculo real de unión entre los diferentes pueblos del imperio.

¹⁴ Christopher DAWSON, *Los orígenes de Europa*, Madrid, Rialp, 1991, p. 228. Edición original: *The Making of Europe. An introduction to the history of European unity*, London, 1932.

¹⁵ Christopher DAWSON, *Los orígenes...*, pp. 231 y ss.

Incluso el gobierno y la administración estaba, en gran medida, en manos de eclesiásticos. Los obispos compartían en pie de igualdad con los condes la administración local de los condados en que se dividía el imperio. Por su parte, el gobierno central descansaba en buena medida en los clérigos de la chancillería y de la capilla real. La vigilancia de la administración local era asegurada por los «missi dominici», que viajaban por los distintos condados, siendo muchos de ellos obispos y abades.

De este modo, como apunta Dawson, se tendía al mismo tiempo hacia la secularización de la Iglesia y hacia la clericalización del poder político. Los obispos eran grandes magnates seculares al mismo tiempo que los beneficios y oficios eclesiásticos eran negociados como si fueran feudos civiles¹⁶. No debería extrañar, pues, que a lo largo de la Edad Media la Iglesia intentara sustraerse de este estado de cosas.

Así mismo, no se le escapó a Dawson las semejanzas de este espíritu teocrático con el Islam. Carlomagno tenía muchas similitudes con el príncipe de los creyentes. La religión de Carlomagno coincidía con la del Islam en uso de la espada. Así mismo, su vida privada, pese a su piedad, se parecía, en gran medida, a la de un señor mahometano.

Lógicamente, las pretensiones teocráticas del emperador no eran fáciles de conciliar con la autoridad tradicional del Papado. Para Carlomagno, oficio del rey era gobernar y defender la Iglesia, mientras que la del papa debía ser rezar por él. En la *Epístola VIII* de Carlomagno podemos leer: «Lo nuestro es, según el auxilio de la divina piedad, defender por fuera con las armas y en todas partes la Santa Iglesia de Cristo de los ataques de los paganos y de la devastación de los infieles, y fortificarla dentro con el conocimiento de la fe católica. Lo vuestro es Santísimo Padre: elevados los brazos a Dios como Moisés, ayudar a nuestro ejército, hasta que, gracias a vuestra intercesión el pueblo cristiano alcance la victoria sobre los enemigos del santo nombre de Dios, y el nombre de nuestro señor Jesucristo sea glorificado en todo el mundo»¹⁷.

Dadas las circunstancias, no le quedaba más remedio al Papado que contemporizar. En este contexto, la coronación como emperador en el año 800, si bien

¹⁶ «Iglesia y Estado en la Edad Media», en *Historia de la Cultura Cristiana*, p. 236.

¹⁷ El texto está tomado de Miguel ARTOLA, *Textos fundamentales para la Historia*, Madrid, Alianza, 1968.

parecía confirmar esta posición, no dejaba de tener ciertas ventajas para la Sede Pontificia. La supremacía de la monarquía franca, que podía convertirse en una amenaza para Roma, se asociaba ahora a ella y, por ende, también al Papado. Como rey, Carlomagno caía fuera de la tradición romana, pero, como emperador, entraba en una determinada relación jurídica con la Iglesia. En cierto modo, el poderío de Carlomagno como emperador, sin dejar de ser formidable, quedaba limitado.

Pero lo que más valora Christopher Dawson de la época de Carlomagno es la integración de los elementos dispersos de las tradiciones clásica y patristica, reordenándose desde bases culturales nuevas. Esto sólo fue posible gracias a la cooperación de la cultura monacal de los misioneros irlandeses y anglosajones y el genio organizador de la monarquía franca. En este esfuerzo creador es necesario reconocer la influencia personal de Carlomagno. En palabras de nuestro historiador, la grandeza real del carácter de Carlomagno se muestra en... «el celo con que este guerrero inculto se lanzó a la empresa de restaurar la enseñanza y elevar el nivel de educación en sus dominios»¹⁸.

El renacimiento cultural carolingio tuvo como centro la escuela de palacio. De ahí se difundió por todo el imperio mediante núcleos episcopales y monásticos como Fulda, St. Gall o Auxerre. Carlomagno congregaba teólogos y estudiosos de todas partes de Europa. De la Galia, Teodulfo y Agobardo; de Italia, Pablo el Diácono; de su tierra franca, Eginardo y Angelberto. Pero, de todos ellos, quizás el más destacado fue el ya mencionado Alcuino de York. Este había entrado al servicio de Carlomagno como director de la escuela de palacio en 782 y desde entonces ejercería una gran influencia sobre la literatura y sobre la cultura en general. Nos conmueven las palabras de Alcuino dirigidas a Carlomagno y recogidas por nuestro historiador: «Si vuestras intenciones se realizan puede ser que una nueva Atenas surja en Francia y una nueva Atenas más hermosa que la antigua, pues nuestra Atenas ennoblecida por la enseñanza de Cristo será superior a la sabiduría de la Academia. La antigua Atenas sólo podía instruirse con las enseñanzas de Platón, y, a pesar de ello, florecieron las siete artes liberales. Pero nuestra Atenas estará enriquecida por los siete dones del Espíritu Santo y por eso superará toda la dignidad de la sabiduría terrena»¹⁹. Leyendo estas frases no podemos por menos que

¹⁸ Christopher DAWSON, *Los orígenes...*, p. 237.

¹⁹ Recogido en *La religión...*, p. 62.

compartir la opinión de Dawson de que la época carolingia fue el punto de partida de la cultura occidental como unidad consciente²⁰.

El influjo carolingio no sólo se dejó sentir en el campo de la liturgia y de la escritura, sino también en los del arte y de la arquitectura, siendo su monumento más representativo la iglesia palatina en Aquisgrán, edificada según un plano octogonal de tipo oriental.

La influencia en el tiempo de la época carolingia se vio agrandada gracias a las abadías carolingias. Sobre éstas comenta Dawson lo siguiente: «Es imposible exagerar la importancia de la abadía carolingia en la historia de la civilización del alto Medievo, cuando era una institución basada en una economía puramente agraria y que, sin embargo, encarnaba la más alta cultura espiritual e intelectual de aquellos tiempos. Las grandes abadías, como St. Gall, Reichenau, Fulda y Corbie, no solamente fueron las cabezas religiosas e intelectuales de Europa, sino también los principales focos de cultura material y de actividad industrial y artística»²¹. Incluso fueron importantes centros de actividad comercial; gracias a las inmunidades de que gozaban pudieron establecer mercados e incluso acuñar monedas.

En los años difíciles que corresponden al período de 850 a 950, los grandes monasterios de Europa central mantuvieron viva la llama de la civilización y lograron que la cultura carolingia pudiera perdurar.

Dentro de su visión de conjunto de la historia europea, Christopher Dawson considera el reinado de Carlomagno como el único intento en la historia de Europa Occidental de crear un orden unitario, absorbente y sagrado que se pudiera comparar al de la cultura bizantina o al de las culturas orientales. El Imperio carolingio es, en efecto, concebido como una sociedad de todo el pueblo cristiano bajo el control de una monarquía teocrática²². Ahora bien, esta afirmación debe ponerse en relación a una clave interpretativa extremadamente sugerente acerca de la cuestión de por qué un pequeño grupo de pueblos de Europa occidental, en un período de tiempo relativamente breve, pudo transformar el mundo. La respuesta que propone es fruto de su experiencia en el conocimien-

²⁰ Christopher DAWSON, *La religión...*, p. 62.

²¹ Christopher DAWSON, *Los orígenes...*, p. 244.

²² Christopher DAWSON, *La religión...*, p. 18.

to de otras culturas. Para el gran historiador católico «lo que distingue a la cultura occidental de las otras civilizaciones es su carácter misionario: su transmisión de un pueblo a otro en una serie continua de movimientos espirituales»²³. En este proceso de transmisión, una característica propia de la historia europea fue la independencia de la dirección cultural con respecto al poder político. El resultado fue una libertad y un dinamismo no repetido en ninguna otra cultura.

Según este planteamiento, el reinado de Carlomagno fue una excepción a la regla. La teocracia carolingia constituyó «un breve y estéril episodio que se destaca en agudo contraste con el curso general de la historia occidental»²⁴.

Pero, si el orden teocrático que intentó establecer Carlomagno fue algo que no perduró, entonces la única organización unitaria de la cultura occidental que proveyó un principio eficaz de unidad social fue la Iglesia. Incluso, yendo más allá de los límites de la propia Iglesia, por lo menos hasta el siglo XIX, hubo una continuidad espiritual en la cultura europea y «una fe viva que dio a Europa cierto sentido de comunidad espiritual a pesar de todos los conflictos, divisiones y cismas sociales que señalaron su historia»²⁵.

Para finalizar, no podemos por menos que relacionar la obra historiográfica de Christopher Dawson con Juan Pablo II quien en aquel memorable discurso europeísta en la catedral de Santiago de Compostela, proclamó: «Yo, obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, desde Santiago te lanzo vieja Europa, un grito lleno de amor: Vuelve a encontrarte. Sé tu misma»²⁶.

Frente a una cultura tan secularizada como la contemporánea no nos puede extrañar que para muchas personas, cualquier referencia al cristianismo debe ser excluida no sólo de la vida social sino también de cualquier documento público, Constitución Europea incluida. Mas, ¿puede Europa, entonces, volver a ser ella misma si ignora o no da el valor que le corresponde a su tradición cristiana?

²³ Christopher DAWSON, *La religión...*, p. 15.

²⁴ Christopher DAWSON, *La religión...*, p. 18.

²⁵ Christopher DAWSON, *La religión...*, p. 18.

²⁶ Juan Pablo II, «La renovación espiritual y humana de Europa». Discurso en el acto europeísta celebrado en la catedral de Santiago de Compostela, Santiago, 1982.